

- (coords.) (1999): *Las Primeras Etapas Metalúrgicas en la Península Ibérica II. Estudios Regionales*. Instituto Universitario Ortega y Gasset. Madrid.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.^ªD. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Síntesis. Madrid.
- HACE 4000 AÑOS. *Vida y muerte en dos poblados de la Alta Andalucía*. Catálogo de la Exposición. Junta de Andalucía. Granada.
- RODRIGUEZ TEMIÑO, I. y RODRIGUEZ DE GUZMAN, S. (1997): "Excavaciones arqueológicas en Andalucía: 1984-1995". *Trabajos de Prehistoria* 54, 1: 57-70.
- ROVIRA, S. y AMBERT, P. (2002): "Las vasijas para reducir minerales de cobre en la Península Ibérica y en la Francia meridional". *Trabajos de Prehistoria* 59, 1: 89-105.
- SCHUBART, H.; PINGEL, V. y ARTEAGA, O. (2000): *Fuente Alamo: las excavaciones arqueológicas 1977-1991 en el poblado de la Edad del Bronce*. Junta de Andalucía. Sevilla.
- SCHÜLE, W. y PELLICER, M. (1966): *El cerro de la Virgen (Orce, Granada)*. Excavaciones Arqueológicas en España 46. Ministerio de Cultura. Madrid.
- SIRET, E. y SIRET, L. (1890): *Las primeras Edades del Metal en el Sudeste de España. Resultados obtenidos en las excavaciones hechas por los autores desde 1881 a 1887*. Barcelona.
- ZWICKER, U.; GREINER, H.; HOFMANN, K.H. y REITHINGER, M. (1985): "Smelting, refining and alloying of copper and copper alloys in crucible-furnaces during prehistoric up to Roman time". En P.T. Craddock y M.J. Hughes (eds.): *Furnaces and smelting technology in Antiquity*. British Museum Occasional Paper 48. Londres: 103-115.

M.^ªIsabel Martínez Navarrete

Dpto. de Prehistoria. Instituto de Historia. CSIC. Serrano 13. 28001 Madrid. Correo electrónico: imartinez@ceh.csic.es

RÉPLICA A IGNACIO PAVÓN SOLDEVILLA [Recensión sobre Leonardo García Sanjuán: *Los orígenes de la estratificación social. Patrones de desigualdad en la Edad del Bronce del Suroeste de la Península Ibérica (Sierra Morena occidental). C. 1700-1100 a.n.e./2100-1300 a.n.e.*]. BAR International Series 823, 1999, en *Trabajos de Prehistoria* 58(1), 2001: 204-207].

Resulta un tanto decepcionante que la reseña de Ignacio Pavón de mi trabajo sobre los orígenes de la estratificación social en el marco de la Prehistoria Reciente del Suroeste peninsular se centre de forma casi exclusiva en la *dimensión empírica específica del problema*, en el sentido de la calidad e *interpretabilidad* (si se me permite la expresión) de ese "universo observacional" al que solemos referirnos como "Edad del Bronce del Suroeste peninsular" (expresión ciertamente

inadecuada y limitante, aunque no es el momento ahora de entrar en esta cuestión) en términos del problema tratado. Puesto que el trabajo recensionado comporta un importante esfuerzo de sistematización y explicitación de los enunciados epistemológicos, teóricos y metodológicos que sostienen la ulterior aproximación al citado "universo observacional" no deja de resultar relevante que dicho esfuerzo no merezca discusión alguna por parte del recensionista. Esto es muy significativo porque con ello la recensión ignora por completo la compleja dimensión teórica del problema abordado en el libro (el origen de la sociedad estratificada o de clases), la cual ha dado lugar a una inmensa literatura teórica y aplicada tanto en arqueología como en antropología. Que el recensionista renuncie a polemizar en esa dimensión del asunto (que de hecho es la más susceptible de controversia) impide abordar una reflexión sobre (como mínimo) la "mitad" del tema en cuestión. Creo que esta constatación deriva de una comprensión generalmente conservadora de la investigación arqueológica por parte de su autor.

La reseña de Pavón discute varios problemas relativos a la masa empírica de evidencias utilizadas en mi análisis como base de una interpretación de los orígenes de la sociedad de clases en la Prehistoria Peninsular. En realidad la misma *Introducción* del trabajo (p. x) ya advierte de su inherente problemática por ese flanco. Además cualquier lector o lectora atento/a comprobará (incluso, me temo, a riesgo de su aburrimiento) que toda la Segunda Parte del trabajo está plagada de reflexiones críticas y auto-críticas referentes a esta cuestión. De entre los múltiples defectos que pueda tener el libro, no es desde luego el principal un mal entendido compromiso *personal* o *ideológico* con una hipótesis concreta o una serie de ellas (un problema ciertamente frecuente en el análisis arqueológico del origen de la sociedad de clases del que tenemos algún que otro ejemplo en nuestro país) que pueda conducir a forzar o sobreestimar la calidad o relevancia de los datos.

La elección de las cuestiones de índole empírica a comentar parece singularmente aleatoria, centrándose de forma casi exclusiva en el ámbito de las evidencias del ámbito funerario y omitiendo toda discusión crítica de, por ejemplo, la sección de análisis de las pausas de asentamiento a escala territorial, la cual Pavón no obstante valora como la parte "más seria y convincente" de mi trabajo. Debo reconocer mi extrañeza porque, dado el sesgo empírico que la recensión adopta, el recensionista se pase por alto toda una serie de problemas que, en esa parte del estudio, me fuerzan a asumir una importante serie de supuestos indemostrados. Sin ir más lejos, el análisis de la territorialidad teórica parte de la base de la asunción de una coetaneidad entre los asentamientos que no ha sido todavía *demostrada* de una forma robusta por cronología absoluta.

Es posible, naturalmente, que las limitaciones de espacio hayan decidido a Pavón a centrarse más en la crítica de la adecuación y alcance de las evidencias funerarias utilizadas por mí, pero incluso el desarro-

llo de su crítica en esta dirección es bastante confuso y contiene importantes inexactitudes. Tomemos algunos ejemplos. Pavón pretende cuestionar la validez de mi análisis estadístico de asociaciones entre categorías de sexo y edad y categorías artefactuales, así como de las asociaciones entre clases de artefactos entre sí, con el deficiente argumento de que “los contenedores funerarios pueden haber acogido a más de un difunto”. Para empezar, en los casos donde existe registro antropológico reconocible, esta situación (reutilización o inclusión de más de un cadáver en el contenedor funerario) es netamente minoritaria. De los 25 contenedores listados en la tabla 34 del trabajo (que el recensionista menciona) donde esta información es recogida (y dejemos aparte el enterramiento de Setefilla, ya que su excavación no llegó a concluirse), esta situación se da en 4 casos, es decir, el 16%. Pavón debería demostrar con datos, y no con conjeturas “apoyadas” en la escasez de información, que la práctica de inhumar varios cuerpos en un mismo contenedor es mayoritaria entre las comunidades de la Edad del Bronce en el Suroeste. Pero es que incluso aunque lo demostrara ¡el análisis realizado sobre esa tabla 34 se hace separando bien claramente los registros *por individuos*, no por contenedores funerarios! Es decir, por poner un caso, aunque los excavadores de la necrópolis de Vinha do Casão encontraron tres cuerpos en la cista 9, fueron perfectamente capaces de determinar en el curso de la excavación qué ajuares correspondían a cada individuo (Varela *et al.*, 1986: 40-45).

En otro momento, a Pavón le suscita una “duda global” el que haya “amplias diferencias” entre las estimaciones relativas al tamaño de las comunidades realizadas sobre la base de la extensión de los poblados y la cantidad de enterramientos asociados espacialmente a los mismos, y se cuestiona su grado de *representatividad* a nivel social. Curiosamente, un investigador que utiliza sistemáticamente enunciados a-estadísticos de descripción y análisis de datos en sus trabajos se preocupa en este caso por una cuestión de significación de las muestras utilizadas en un análisis en el que se ha sido muy escrupuloso con este tema (tan escrupuloso que incluso a menudo se presentan *repetidos* los análisis estadísticos con niveles de significación diferentes para comparar los resultados). Pero es que además, creo que es de general conocimiento teórico y metodológico que las inferencias de tipo demográfico relativas a la *cantidad de población* por comunidad se han venido realizando en nuestra disciplina a partir de datos relativos a los asentamientos (extensión, densidad de unidades de habitación, capacidad de carga del área de captación de recursos, etc.) y no en base al registro funerario, ya que, aunque aportando datos demográficos de gran importancia relativos a condiciones patológicas, esperanza de vida etc., por razones en parte culturales (diversidad de medios de eliminación de cadáveres) y en parte post-deposicionales, el registro funerario infrarrepresenta sistemáticamente el volumen demográfico de una comunidad concreta. En el caso del asentamiento de La Papúa, al comentar las “amplias diferencias” el recensionista omite además

toda referencia al hecho (ampliamente discutido en el libro) de que su cronología absoluta no ha podido ser precisada, por lo que no es posible excluir que toda o parte de su ocupación (y por tanto de su extensión) corresponda a la fase “final” de la Edad del Bronce, con lo que no sería coetáneo de los enterramientos en cista (al menos por lo que sabemos actualmente respecto de la cronología de estos contenedores).

Este intento de crítica de la base empírica que apoya mi lectura del problema parte de un autor que precisamente ha sido capaz de diagnosticar sobre la base de la descripción de *una sola* necrópolis de enterramientos en cista (Las Minitas) su “patente y acentuada desigualdad en la distribución de los bienes” así como su “estructura social estratificada” (Pavón, 1995a: 44; 1998b: 191). El mismo autor que se afana de modo tan exhaustivo por revisar los fundamentos empíricos de mi análisis de la complejidad social entre las comunidades de la Edad del Bronce en el Suroeste, realizado sobre la base de un sistemático análisis estadístico de los datos disponibles (que a su vez parte de un diseño teórico de alcance medio meticulosamente argumentado) ha sido capaz de proponer el carácter “patente” y “acentuado” de la estructura social “estratificada” de una comunidad prehistórica sobre la base de la descripción de una veintena de enterramientos y sin ni tan siquiera tomarse la molestia de discutir qué entiende por “estratificación social”.

Como decía al principio, creo que el perfil y contenido de esa recensión sugiere una defectuosa comprensión de la naturaleza de la investigación arqueológica contemporánea por parte de su autor. Quizás una manifestación de ello sea la singular referencia al carácter supuestamente “poco respetuoso” de mi discusión de algunas de las propuestas planteadas por otros investigadores, de entre los que el recensionista menciona expresamente a Abel Viana o Hermanfrid Schubart. Ciertamente, mi libro incluye una importante reflexión sobre la *dimensión historiográfica* del problema del surgimiento de la estratificación social en la Prehistoria Reciente del Suroeste peninsular. Un verdadero análisis científico supone, ante todo, situar la aproximación propia en el marco de una historia de las investigaciones sobre el tema, lo que acarrea inevitablemente *discrepar* y *contradecir* con mayor o menor intensidad, la validez, oportunidad, calidad y solidez de toda una serie de argumentos, evidencias e interpretaciones precedentes, algo que, por cierto, se echa muy de menos en su Tesis Doctoral (Pavón, 1998a).

En este sentido, me da la impresión de que el concepto de “respeto” académico que esgrime Pavón tiene bastante que ver con lo que, dentro del sistema académico español tradicional, solía ser una roma adhesión del pupilo a las ideas, planteamientos y métodos de sus maestros (la consabida *tradición investigadora*). Desde este talante, donde se confundían los límites del *respeto* a los colegas con los de la dignidad y creatividad intelectuales propias en el diseño de la investigación científica, se esperaba, naturalmente, que los jóvenes investigadores imitasen y reforzasen los planteamientos establecidos por sus *mayores* aca-

démicos, en lugar de desafiarlos con ideas y formulaciones novedosas. Este carácter conservador de la alternativa epistemológica desde la que Pavón aborda la recensión de mi libro se ha venido manifestando de diversas formas en sus trabajos, por ejemplo, en la utilización de herramientas propias de la Arqueología *winkelmanniana* tales como la *intuición* (Pavón, 1995: 36, 37, 39) e incluso el *sabor* (Pavón, 1995: 53) para la síntesis de la Edad del Bronce en Extremadura. También lo expresa el carácter reduccionista de la noción de arqueología implícito en la memoria de la intervención en el Castillo de Alange (Pavón, 1998b) convertida en una descripción macroscópica y formal de los elementos estratigráficos y artefactuales del registro que proscriben las evidencias zooarqueológicas, paleobotánicas, paleoantropológicas y arqueometalúrgicas (y a sus investigadores/as) nada menos que al furtivo papel de “apéndices”: la “verdadera” arqueología se encuentra en las estratigrafías.

En definitiva, debo manifestar mi reconocimiento a Pavón por su amable disposición a poner sobre la mesa una serie de objeciones a mi trabajo, ya que el ejercicio de la crítica y la réplica nos es de extraordinaria utilidad a todos y a todas para mejorar en nuestros métodos y proyectos de investigación. Dicho esto, afirmo que su reseña es parcial, inexacta (o incorrecta) y que muestra síntomas de una concepción epistemológica de la arqueología de marcado conservadurismo. Por una parte rechaza o ignora la teoría. Por otra, como hacía el historicismo cultural tradicional, aplaza la interpretación de las sociedades prehistóricas para cuando existan «suficientes» o “mejores” datos, planteando por toda alternativa la *urgencia* inmediata de la lectura de las estratigrafías y las secuencias regionales. Esta es una arqueología fósil que ignora la realidad de cuarenta años de evolución disciplinar.

PAVÓN SOLDEVILLA, I. (1995): “La Edad del Bronce”. *Extremadura Arqueológica* 4: 35-63.

– (1998a): *El Tránsito del II al I Milenio a.C. en las Cuencas Medias de los Ríos Tajo y Guadiana. La Edad del Bronce*. Universidad de Extremadura. Cáceres.

– (1998b): *El Cerro del Castillo de Alange (Badajoz). Intervenciones Arqueológicas (1993)*. Memorias de Arqueología Extremeña 1. Junta de Extremadura. Mérida.

PAVÓN SOLDEVILLA, I.; GONZALEZ CARBALLLO, J.L. y PLAZA SOTO, J.F. (1993): “Las Minutas (Almendralejo, Badajoz). Una necrópolis de Cistas del Bronce del Suroeste en la Tierra de Barros (Campaña de Urgencia de 1994)”. *Norba* 13, 11-37.

VARELA GOMES, M.; VARELA GOMES, R.; MELLO BEIRÃO, C.; MATOS, J.L.; SANTINHO CUNHA, A.; TAVARES DA SILVA, C.; BRANGANÇA GIL, F.; FILOMENA GUERRA, M. y BARREIRA, G. (1986): *A Necrópole da Viña do Casão (Vilamoura, Algarve) no Contexto da Idade do Bronze do Sudoeste Peninsular*. Trabalhos de

Arqueologia 2. Instituto do Património Cultural. Lisboa.

Leonardo García Sanjuán

Dpto. de Prehistoria y Arqueología.
Universidad de Sevilla. María de Padilla s/n.
41004 Sevilla.
Correo electrónico: lgarcia@us.es
<http://www.us.es/dpreyraq/web>

SEBASTIÁN CELESTINO PÉREZ: *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Edicions Bellaterra. Barcelona, 2001, 495 pp. ISBN 84-7290-159-9.

La obra de S. Celestino, publicada en la nueva colección de Arqueología de la editorial Bellaterra de la Universidad Autónoma de Barcelona, hace un completísimo estudio de estos monumentos, efectuando un detallado análisis de todos los elementos susceptibles de ser abordados. Destaca igualmente la atención del autor en recoger todas las últimas aportaciones tanto sobre el tema de las estelas como sobre el Bronce Final en general, lo que se refleja en una cuidadísima bibliografía.

Así, condensa en ocho intensos capítulos la historia de la investigación, el paisaje y marco geográfico donde se insertan las estelas, su técnica artística, su tipología, el análisis de los diversos elementos de cultura material representados en las mismas y, mucho más importante, un nutrido número de páginas sobre el contexto histórico y social en que se insertan estos monumentos. En estos últimos aspectos, se centra principalmente en uno de los temas de más impacto en la Protohistoria española como es el de los contactos precoloniales anteriores a la llegada fenicia a la Península Ibérica.

Por último, nos ofrece un catálogo detallado de todos los monumentos conocidos hasta la fecha, lo que proporciona una documentación básica para el conocimiento de estas piezas y nos permite contrastar directamente sobre las mismas las afirmaciones y argumentaciones del autor. Este es un hecho a resaltar, ya que como señalan Almagro-Gorbea y Bendala en el prólogo, son cada vez más los estudios en que se nos hurta esta realidad material y se presenta únicamente la interpretación, haciendo mucho más difícil confrontar ésta con el registro arqueológico existente.

Dentro de los aspectos que conviene destacar, dadas las últimas interpretaciones que sobre las estelas se vienen efectuando, se encuentran la aparente desconexión de las estelas con los caminos naturales en cuanto tales, relacionando más bien el autor la presencia de estos monumentos en las cercanías de las vías de comunicación con la propia ubicación de los poblados del Bronce Final que, lógicamente, también se sitúan en sus inmediaciones.

Este hecho viene a incidir en otra de las tesis soste-